

TIEMPO DE ESPINAS

- © del texto: Benito González García
- © maquetación, portada: Punto Rojo Libros, S.L.
- © portada: José Carlos del Rey García
- © de esta edición:

Punto Rojo Libros, S. L., 2016
Cuesta del Rosario, 8
Sevilla, 41004
Teléfono: 911.413.306
WhatsApp: 622.843.306
info@puntorolibros.com
www.puntorolibros.com



Impreso en España • Unión Europea
Primera edición: diciembre 2016

ISBN: 9788416937295

Reservados todos los derechos.

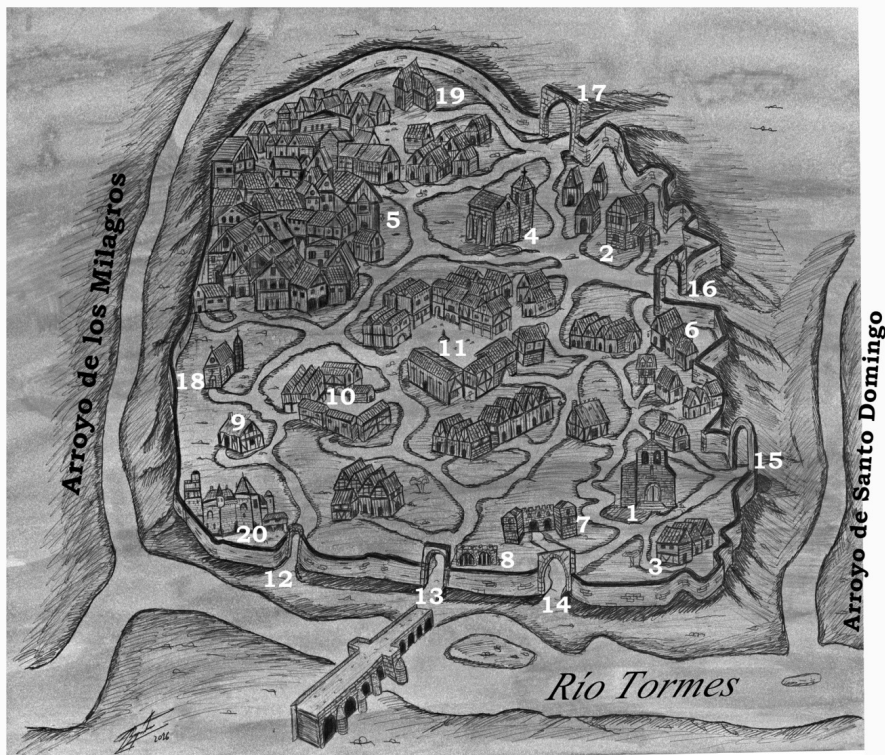
«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o scanear algún fragmento de esta obra».

Benito González García

TIEMPO DE ESPINAS

Dedicado a:

*Javier del Rey Pulgar y a su familia Elena, Rubén
y Sergio por su inestimable ayuda.*



Salamanca, año 1122
(lugares importantes de la ciudad que aparecen en la novela,
las zonas diáfanas estaban ocupadas por viviendas y barriadas)

- | | |
|--|--|
| 1 Iglesia de Don Munio | 11 Plaza del Azogue |
| 2 Casa del Obispo | 12 Puerta del Alcázar |
| 3 Casa de Don Munio | 13 Postigo ciego |
| 4 Iglesia San Isidoro (Obispo) | 14 Puerta del Río |
| 5 Barriada de los Francos | 15 Puerta de San Cebrián |
| 6 Casas vacías
frente a la muralla | 16 Puerta de San Sebastián |
| 7 Plaza cuerpo de guardia | 17 Puerta del Sol |
| 8 Pudrideros
(adosado a la muralla) | 18 Iglesia San Bartolomé
de los Apóstoles |
| 9 Casa de Rodrigo | 19 Iglesia de San Pelayo |
| 10 Plaza del mercado | 20 Alcázar |

Plano de la ciudad dibujado por Miguel Ángel Bergantiño Galán

PREÁMBULO

Año 1120 d.C.

La tenue claridad del amanecer serenaba dulcemente los sonidos del día; desde los valles del este, el sol comenzaba a sembrar de brillos los campos de Poitiers; una ligera brisa refrescaba la mañana.

Cerca de las orillas del viejo río Le Clain el grito de un recién nacido alborotaba el despertar del nuevo día.

En la pequeña choza, el primogénito de Santiz abría los ojos a la vida.

Sentado a la orilla clara de la corriente, junto a Bernard, su fiel compañero, escuchó por primera vez el sonido de los pulmones de su hijo. Ambos hombres sonrieron y se fundieron en un fuerte abrazo.

Estrella, la vieja comadrona de los habitantes de aquel feudo, salió y, girándose hacia el padre, exclamó:

—Es un niño, sano y hermoso.

Santiz se puso en pie de un salto y mirando a los maestros cátaros que habían llegado desde Carcassone para hacer guardia durante la noche, a la espera de la llegada del nuevo heredero, se adentró a través de una vieja cortina que cerraba el acceso de la choza, en cuyo habitáculo esperaban su mujer y su hijo.

Lentamente se acercó hacia el camastro de paja donde descansaban ambos. Santiz, hombre rudo, de estatura elevada, cabellos tupidos, rasgos faciales muy masculinos, fuerte de espalda y de sonrisa limpia y muy agradable a la visión de la gente, se acercó e, inclinándose con mucho cuidado, besó a su mujer en los labios, arrebatándole un suspiro de paz y ternura.

—Gracias, amor —susurró el hombre mientras ella le ofrecía al pequeño.

Suavemente, inclinó su cabeza hacia el pequeño y las lágrimas comenzaron a brotar de su rostro. Colocó los brazos para poder elevar a su hijo en sus manos, se puso en pie y salió hasta donde esperaban los demás. Ofreció a su hijo ante la mirada atenta de los llegados y exclamó:

— ¡He aquí el haz de luz de la esperanza! ¡Él debe ser elegido! Este es mi hijo —prosiguió—. Por su cuerpo fluye la sangre de la cálida noche de los tiempos. Él es el heredero de mi estirpe. Ved en su blanca mirada la luz del nuevo hombre que ha de ayudarnos a seguir nuestro camino de hermandad.

Todos, mientras escuchaban las palabras de Santiz, aplaudieron con alegría la buena nueva en el pequeño poblado.

Instantes después, Bernard se levantó y se acercó a donde estaban padre e hijo y, con profunda emoción, acarició al pequeño, llenando su alma de una paz inmensa. Después se dirigió a los maestros:

—Acercaos a sentir el latido del corazón que nos ayudará a ser más puros en este camino que Dios nos ha otorgado. Venid, hermanos, llenad vuestras almas del espíritu del nuevo cátaros.

Uno a uno, fueron pasando ante el niño y lo tocaron con lágrimas en los ojos. Sus corazones se estremecían al sentir bajo sus manos el calor del nuevo cátaros.

Era costumbre que, durante el parto del primogénito, las mujeres y hombres cátaros vecinos se acercaran hasta la casa de los padres a esperar con alegría la llegada del nuevo, y siempre deseado, varón.

Pasaron delante del niño los maestros y los vecinos que aún quedaban. Cuando lo hizo el último, se oyó una voz ruda que cortaba el aire, cual guerrero romano armado de espada.

— ¡Ya está bien de tanto tocar y decir tonterías! ¡Traed al niño para acá! —gritó Estrella.

Arrancó al niño de las manos de su padre y cogiéndolo casi al vuelo desapareció con él hacia el interior de la cabaña dejando que se acurrucara en los brazos de su madre, que inmediatamente puso sobre su pecho los labios del niño para que comenzara a succionar el líquido maternal.

Estrella era una mujer de algo más de cincuenta años, con el pelo canoso, bajita y de caderas redondeadas, pero con un rostro que transmitía ternura, menos cuando fruncía el ceño y se enfadaba.

Afuera, Bernard invitó a sentarse a los maestros, incluido Santiz, y, mientras el sol comenzaba a levantarse entre los árboles de la ribera del río, les habló:

—Un nuevo ser puro ha llegado; tenemos el deber de dirigir sus pasos hacia la obra del señor. Él ha de extender nuestra religión por toda Aquitania. Será el primer maestre cátar, pero nuestros pasos deben ser sigilosos. Tendremos que mantenerlo en secreto pues los destinos de nuestra religión están en sus manos. Si las viejas escrituras nos dan la sabiduría, su corazón nos dará la luz en la palabra que ha de predicar. Santiz y yo lo educaremos para que consiga devolver la esperanza a nuestro pueblo. Hasta entonces elevaremos nuestras plegarias a los cielos agradeciendo la llegada de uno de sus hijos. Antes de que la luna ensanche su mirada, debéis volver a vuestras tierras. Mantendremos en secreto el contacto. El silencio será nuestra única voz en pos de la protección del niño, pues cualquier peligro que le aceche será nuestro propio peligro. Así pues, recordad los juramentos a nuestros antepasados e id en paz, hermanos.

Lentamente, los maestros cátaros comenzaron a levantarse y dirigiéndose hacia las sacas donde guardaban sus pertenencias, las echaron a los lomos de sus caballos y fueron desapareciendo lentamente de la vista de Bernard y Santiz.

Cuando en la lejanía no quedaba ninguna sombra de los hermanos, Bernard se dirigió a Santiz.

—Tal vez deberíamos abandonar estas tierras y buscar zonas más protegidas en las Vasconias o quizás en el Reino de Aragón. Recuerda las historias de nuestros padres. Incluso Jesús dejó en depósito su vida en la esperanza de la fidelidad de sus apóstoles y uno le falló. ¿Quién nos devuelve la certeza de saber que ninguno de los maestros en un momento de debilidad delatará al niño?

Santiz le miró a los ojos, inquieto, y contestó:

—No deberíamos depositar las enseñanzas en un solo niño, tal vez deberíamos enseñar la doctrina a otros. La vida de mi hijo no depende de nosotros sino de los designios de Dios. ¿Cómo podremos nosotros, mortales, defenderlo si ni tan siquiera somos capaces de saber que de él saldrá la sabiduría que nuestra religión precisa?

—¿Propones que nos quedemos en este valle y esperemos la señal del tiempo?

—Tal vez sea lo mejor, al fin y al cabo, el destino ha querido que llegáramos a estos parajes para verlo nacer. Algún significado tendrá todo ello. Salimos a escondidas de Lemosín y aquí en estas frondosas laderas hemos encontrado la paz para transmitir nuestros conocimientos.

—Bien, sea pues tu decisión el abrigo de todas nuestras esperanzas —respondió Bernard.

Ambos hombres se miraron y un profundo silencio se hizo entre los dos, y girándose se encaminaron hacia el río para comprobar si había pesca entre las redes.

Por un instante Bernard dejó de sacar reteles y miró atrás en busca del recuerdo de sus antepasados. Todos ellos habían llevado la fe albigense en sus labios. Tantas veces oyó hablar a su abuelo Bogunemil de la necesidad de extender la nueva palabra que de él con tanta sabiduría manaba. Pero hacía falta un ser puro, alguien que dedicara su vida a llevar sus creencias por todos los confines de la tierra.

Ahora, con la llegada del hijo de Santiz, parecía encontrar reflejo de las palabras de Bogomilo, su antepasado. Bernard sería el encargado de transmitir todos sus conocimientos a ese ser, que ahora dormía plácidamente en los brazos de Infanthya.

Con profunda devoción salió del río y poniéndose de rodillas comenzó a rezar.

Santiz, desde lejos, miró a su amigo y, haciendo lo mismo que éste, dejó sus aperos y ambos se pusieron en oración.

Mientras tanto, Estrella, con una cesta de la mano, salía de la casa y se perdía por los senderos del pequeño bosque en el que habitaban.

BERNARD HISTORIA

Bernard era un hombre sabio, de unos treinta y cinco años, de estatura muy por encima de la media, moreno, delgado, de melena sobre los hombros, fuerte de espalda. Tenía los ojos negros y la nariz ligeramente elevada. Sus labios finos y su mandíbula redondeada que le daban un aspecto muy varonil. En su cuello conservaba una ligera mancha fruto de un corte sufrido en la infancia. Siempre procuraba caminar erguido y transmitir esa sensación de poder y saber estar. Sus manos siempre limpias y blancas con los dedos alargados y finos.

Su amabilidad hacia los amigos y conocidos era algo que llamaba poderosamente la atención en él. Jamás se le conoció ningún mal gesto y solía pararse a hablar con todo aquel que precisaba un consejo o ayuda. Era considerado como un gran hombre entre los campesinos. Su sabiduría y la forma de explicar la religión eran algo fuera de lo común en aquellos años. Había convertido el deseo de aquellos hombres en esperanza. Su humildad y compasión había ganado la fe de todos ellos.

Los cátaros sabios venían desde Occitania, recorrían cientos de kilómetros para ver y pedir consejo a Bernard. Todos aspiraban a ser Perfectos, pero tan solo él daba esa imagen que todos deseaban alcanzar y que él mismo no aceptaba para sí, ya que se consideraba el guardián del gran renacer de Bogomilo, aún por llegar y que en su interior estaba convencido de que sería Julián.

Él era el eslabón de transmisión de los sabios de su pueblo nómada, cuya creencia religiosa, el bogomilismo, procedía de la vieja Tracia, en Bulgaria, y entroncó con la visión dualista de los cátaros, los hombres buenos.

Bernard había nacido en Colonia y creció bajo la mano sabia del impulsor, su abuelo Bogunemil que a su vez era nieto del profeta Bogomilo, predicador de una nueva corriente religiosa durante el final del siglo X.

Bogomilo, partiendo de las doctrinas heréticas del maniqueísmo del profeta Mani en el siglo III, comenzó a predicar por las ciudades búlgaras bajo la mano del Rey Peter.

Defendía que el mundo físico era obra del mal y, por lo tanto, rechazaba de pleno a la iglesia oficial, a su jerarquía y todos sus sacramentos.

Esta idea triunfó entre las masas campesinas, oprimidas por los poderes políticos y eclesiásticos, que en gran número se hicieron seguidores de esta doctrina.

Había estado unido en pareja antes de dedicarse de lleno a difundir la palabra de Dios, y sólo la predicó siguiendo el evangelio de San Juan, ya que Bogomilo estaba convencido que era el único que hablaba de un Dios caritativo, padre y amante de su pueblo.

Rechazó de lleno cualquier otro evangelio e incluso el Antiguo Testamento por mostrar a un Dios poderoso, guerrero, duro y vengador.

Su carácter anti feudal y antirreligioso le causó también muchos enemigos, y le costó la vida al ser asesinado. Pero sus discípulos se encargaron de extender lo que él había sembrado por los Balcanes, Centroeuropa y parte de Rusia.

Dobri, uno de los primeros Perfectos, tras el asesinato de Bogomilo se llevó a su mujer y sus dos hijos hacia tierras germanas. Uno de ellos murió en el trayecto, pero el otro, sin seguir los pasos exactos de Bogomilo, tuvo tres hijos. Entre estos tres estaba Bogunemil abuelo de Bernard y Santiz.

Curiosamente ningún descendiente de Bogomilo había llegado a ser un Perfecto.

Según sus creencias todo lo físico era obra del diablo y solo Dios es el perceptor de las almas y éstas solo serían recibidas en el cielo si alcanzaban ser Buenos Hombres. En caso contrario, volverían a nacer en busca de esa perfección que aún deberían alcanzar.

Ese retorno a la vida del predicador Bogomilo, buscando el alma que alcance el derecho de compartir el cielo con Dios, era la gran esperanza de Bernard y Santiz.

De ellos debería nacer esa posibilidad. Bernard había sido instruido por su abuelo en todo lo concerniente a la interpretación del evangelio de San Juan y también estudió el apócrifo Bogomilo —Visión de Isaías— con sus conceptos dualistas y cosmogónicos herejes.

Santiz en cambio fue un niño alegre, lleno de vida, pleno de dulzura; su sonrisa y humanidad parecían no tener fin. Vivaracho y travieso, pero encantador con todos los seres que conocía.

Su abuelo, al contrario que en Bernard, vio en él la semilla que pudiera devolver a Bogomilo a una nueva vida y le instruyó en la amabilidad, el respeto, la ternura... Debía ser un padre excepcional para sus hijos a los que se encargaría de ilustrar Bernard.

Había repartido sus poderes en las únicas dos cartas que tenía en su mano y sabía que ninguno de los dos le fallaría. Solo había que pedir a Dios que volviera pronto el predicador.

Moviéndose continuamente para no ser descubiertos, los dos hermanos viajaron hasta las tierras de Poitiers. Bernard aceptó la espiritualidad cátara de abstinencia tanto en la de comer carne y derivados, como en la de la práctica sexual. Tan solo se le permitía, de acuerdo con las creencias cátaras, comer pescado. Santiz, en cambio, disfrutó del placer de estar casado con Infanthya. De ellos dos dependía que la esperanza se mantuviera y para ello ya se había dado el primer paso.

Infanthya era una mujer sensible y muy delicada: la persona idónea para engendrar hijos fruto del amor.

Así, los bogomilos sucesores del profeta del siglo X y los cátaros creyentes fieles del dualismo y seguidores de María Magdalena y José de Arimatea fusionaron sus creencias en una nueva herejía: el catarismo.

Con el nacimiento de Julién se iniciaba esta historia en Poitiers.

Año 1122 D.C.

Halarían, obispo de Poitiers, ordenó a sus guardianes que fueran a buscar a la comadrona: una de sus concubinas estaba a punto de dar a luz a su tercer hijo y quería que, como en los partos anteriores, fuera asistida por las diestras manos de Estrella; de ella se decía que jamás había dejado morir a ningún niño en el parto.

Tal era su fama, que meses atrás había asistido al nacimiento del que estaba llamado a ser Rey de los Francos, Luis VII. Su padre, el Rey Luis VI, quedó entusiasmado de las habilidades de esta mujer y en agradecimiento le había dado cobijo en la corte donde asistía a todas las grandes damas de la nobleza de Paris.

Halarían era uno de sus niños predilectos. Le había ayudado a nacer y conocía, en su Poitiers natal, a toda la familia, en cuyo seno había nacido como sierva. Sus suaves manos le habían proporcionado fama y la libertad según deseo del Rey, pero no se negaría a acudir para ayudar a que viera la luz el nuevo retoño de su antiguo amo.

El obispo se había convertido en un hombre importante dentro de la Iglesia. Era el segundo hijo de Halarían "El Grande". Éste había elegido para su hijo la noble labor de asistir de por vida a la iglesia de Roma, para la cual había hecho entrega de una gran dote de tierras, todas ellas a lo largo de la ribera del río.

Pero el destino había puesto en sus manos todas las tierras de Poitiers. Su hermano mayor Jacques le había cedido la custodia de todas sus propiedades, cinco de los siete cantones, mientras él estaba ausente en Tierra Santa a cargo de la nueva cruzada.

De ello hacía ya seis años y Halarían se había convertido en dueño de todo, con gran poder y ostentación.

Poitiers era un nuevo burgo, ávido de abrirse a los comerciantes que a diario pasaban por sus tierras en la ruta que llevaba desde Bordeaux a Paris

y habían convertido a la ciudad en zona de mercado y venta de provisiones. En los últimos años su población había pasado de tener ochocientos habitantes a unos quince mil. El auge de la ciudad era un hecho y el dinero fluía por las manos de la mayoría de sus habitantes. Surgía una nueva sociedad frente al feudalismo: los mercaderes y nuevos comerciantes se multiplicaban a las puertas de la ciudad amurallada.

El recinto delimitado por las murallas que cobijaban la ciudad y daban protección a sus habitantes, se había quedado pequeño. Por ello, era en las afueras donde, en viviendas de adobe se asentaban los nuevos comerciantes; los burgos o burgueses, como comenzaban a ser conocidos los habitantes de estas zonas, en un principio pobres y desamparados por la iglesia, iban ahora adquiriendo mayor relevancia basada en su creciente poder económico.

Al llegar Estrella, Halarían salió a recibirla. Había convertido las antiguas cuadras del Baptisterio de San Juan en vivienda y ahora la compartía con varias mujeres que satisfacían todas sus necesidades.

Bajó las escaleras que daban acceso a su vivienda, en cuya parte posterior estaba la pequeña iglesia, que iba a ser restaurada por los monjes del Císter. Ellos también serían los encargados de construir una nueva iglesia para la ciudad, cuyas obras estaban a punto de iniciarse, que daría prestigio y poder a su obispo.

Ataviado con su gran túnica de seda roja, se acercó a su antigua sierva y, ayudándola a bajar de la carreta, le susurró:

—Estrella, te echaba de menos. Es un placer tenerte de nuevo aquí.

—Gracias, hijo, pero estos viajes tan largos dejan en mis huesos las cicatrices del cansancio.

—¿Qué tal se vive cerca del Rey? —preguntó Halarían.

—El Rey es un hombre voraz e insaciable. Pasa todo el día comiendo. Los sirvientes se entretienen intentando acertar qué copiosa comida acabará con su vida. Come tanto que vivir cerca de él invita a pasar hambre —sonrió.

El obispo fruncía el ceño en señal de desaprobación por el comentario.

—¡O sea, que has comido poco!

—Como siempre —contestó sonriente la comadrona.

Halarían la miró enfadado y con tono gruñón exclamó:

—No te excedas en tus quejas.

Entraron en la casa y la llevó directamente a los aposentos de la concubina, que al verla exclamó:

—¡Por fin estas ahí, creí que no vendrías! ¡Haz algo, que los dolores son intensos! ¡Ayúdame, por favor!

—¡Sal de aquí! —gritó Estrella, dirigiéndose a Halarían e inmediatamente se remangó las mangas de su blusa y se inclinó hacia la joven parturienta.

Dos horas después, se oían los primeros chillidos de un nuevo ser lleno de vida.

—¿Qué ha sido? —se escuchó preguntar al obispo desde el otro lado de la habitación.

—Un niño —respondió Estrella.

El hombre mostró con un gesto su desaprobación.

—¡Otro chico! ¡Pero si ya tengo dos más! —exclamó—. ¡Quería una niña esta vez!

Las mujeres se miraron mientras oían rezongar al obispo y sonrieron. Estrella dejó al lado de la madre al niño y salió de la habitación encontrándose de lleno con el padre.

—¿No pasas a ver a tu hijo?

—Ahora entro —contestó de mala gana—. Los recién nacidos son todos iguales, parecen ratas.

—Sigues igual de bruto, querido. ¿Habéis pensado ya un nombre para la criatura?

—Es deseo de su madre que sea llamado Raimond, Raimond de Kevelaer.

—Es un nombre muy masculino, suena bien —asintió Estrella mientras se dirigía hacia la puerta para lavarse las manos con el agua que había en una vieja jarra junto a la entrada.

—¿Te quedarás con nosotros algunos días? —preguntó Halarían mientras salía tras la mujer.

—Sí, será un placer. Pero antes de regresar a la Corte, quiero visitar a unos campesinos tuyos; ayudé a nacer a su hijo hace dos años, un niño realmente precioso al que llamaban Cátaro. Decían que era el elegido.

—¿Cátaro? ¡Qué nombre tan poco prudente para un recién nacido! —gruñó el obispo.

—Pues yo creo que no era el nombre —dijo Estrella restándole importancia.

—¿Dónde viven esos campesinos?

—En el valle de Shirrey, junto al río —explicó la mujer.

—¿Ese no es Santiz, uno de mis siervos? —preguntó enfadado Hilarían.

—Tal vez —cortó la mujer al ver que su historia comenzaba a causar en el obispo cierta crispación—. Bueno pero ahora tengo hambre, el camino ha sido duro y encima no me ha dado tiempo a comer nada —cambió de tema la mujer—. No estaría nada mal que te preocuparas de darme algo de comer.

—Sí, enseguida mandaré que te sirvan de comer.

Estrella volvió a la habitación donde se encontraba la madre con el niño mientras el obispo se quedaba pensativo.

Estrella era hija de unos campesinos en las zonas de cultivo cercanas a Poitiers, su pequeña estatura había determinado su enemistad con los chicos. Sus manos, extraordinariamente pequeñas y siempre muy limpias y las uñas reducidas a la mínima expresión al morderlas para mitigar sus nervios. En su rostro se apreciaban unos pómulos fuertes y salientes, que ahora con la edad iban cayendo sobre sus labios cada vez más finos.

Se había dedicado por completo a aprender de su abuela materna el arte de ser comadrona; de aquel ser al que ella adoraba manaron todas las técnicas que ella conocía.

Las gentes de Poitiers acudían a ella para solicitar su asistencia en esos momentos tan difíciles y ella siempre las acompañaba para descubrir la vida que en cada parto emergía.

Se sentía feliz viendo como la criatura salía y enseguida abría sus pulmones al mundo. Esa sensación de percibir la creación en ese instante la hacía inmensamente dichosa.

Las gentes humildes siempre agradecían esa ayuda desinteresada con algunos presentes mientras que los más acaudalados dejaban en su bolsillo alguna moneda en señal de agradecimiento. Esto permitía a Estrella vivir sin las necesidades que otros iguales tuvieron que padecer en manos de Halarían el Grande.

Pasaron los años y, al fallecer su abuela, tomo el testigo para ayudar a las mujeres a traer al mundo a sus hijos.

El desinterés de los hombres hacia ella había provocado su rechazo hacia ellos, aunque jamás hacia los niños, a los que adoraba y por los que se sentía adorada.

Muchas tardes se sentaba a la puerta de su hogar, sobre una piedra lisa y los niños acudían corriendo hacia ella porque siempre tenía alguna palabra de cariño o les hacía reír con sus historias imaginarias.

De todos ellos recordaba el nacimiento y los pequeños, intrigados, siempre intentaban hacerle preguntas al respecto.

Pero la suerte llamó un día a su puerta. Halarían, el señor de Poitiers iba a tener su primer hijo y necesitaba de Estrella, pues el parto se presentaba muy complicado y la comadrona que asistía a la nobleza creía que madre e hijo no podrían salir con vida del trance.

Sin mediar casi palabras, los soldados, con un “Tienes que venirte con nosotros” se la llevaron.

Al entrar en la estancia donde se encontraba la parturienta sintió un profundo alivio, durante todo el trayecto no dejaba de pensar en el motivo de ser escoltada, al no haberle facilitado ninguna información los soldados.

Inmediatamente se puso a ayudar a la mujer, colocando con sus pequeñas manos al niño en una posición adecuada para nacer. Al poco rato, nació el primogénito de Halarían el Grande.

La alegría se desbordó en las grandes estancias, pues se trataba de un niño, como deseaba fervientemente su padre.

Soldados y amigos nobles que esperaban el desenlace fatal tal como había vaticinado la comadrona habitual, brindaron con alegría por el recién llegado.

Estrella después de asegurar que madre e hijo estaban tranquilos, se peino y solicitó permiso a uno de los soldados poder regresar a su hogar.

Antes de salir, Halarían el Grande se acercó a ella, sin ningún gesto de gratitud.

—Has demostrado tu buena fama en estos haceres.

—Mi señor —respondió Estrella— el esfuerzo y la virtud de dar vida la tienen las madres, jamás yo.

—Pero son tus manos expertas las que pueden cambiar el destino en tales momentos.

—Tal vez sea como decís, yo entiendo que solo soy parte de su destino que comienza en mis manos.

Se quedó mirando a Estrella mientras intentaba comprender, con cara de circunstancias, la respuesta que aquella mujer le había dado.

—Mis amigos han quedado impresionados por tu destreza, por lo que tendrás que regresar en otras ocasiones. Por eso te propongo que te quedes a vivir en palacio como una sirvienta más. Así te tendremos cerca en todo momento.

—Será un honor, señor —contestó, conociendo el mal carácter que tenía Halarían el Grande— pero a cambio te pido poder seguir atendiendo a mis hermanas, las mujeres campesinas cuando me necesiten.

Aunque no acabó de gustarle la idea, el hombre frunció el ceño y respondió:

—Bien, sea así, pero —señalándole con el dedo— en todo momento mi Jefe de Guardia sabrá dónde vas para tenerte localizada en el caso de necesidad.

—Sea como usted ordena —contestó Estrella agachando la cabeza.

Después sonrió feliz y se apartó de la mirada del señor.

Estrella se instaló con las demás sirvientas de Halarían y ayudó también a nacer a su segundo hijo, el pequeño Halarían, tras el primogénito Jacques. Sus cuidados fueron más allá de los propios de una comadrona al hacerse cargo de ellos en gran parte del día. Esto propició una relación de los niños con Estrella mayor que con sus propios padres mostrando hacia ella una obediencia impropia del inferior rango de la sirvienta. Ejercía tal influencia sobre ellos que no se atrevían a cuestionar sus órdenes, como ocurriría con cualquier otra persona de su estatus

La marcha de Jacques no le había agradado nada y más aun sabiendo el mal carácter de Halarían. Pero en ese tipo de decisiones poco tenía que decir. Su influencia se limitaba a cuestiones domésticas donde ella era capaz de imponerse ante cualquiera.

Ese acercamiento hacia la familia y su buen hacer determinaron que Halarían el Grande le diera el salvoconducto que la convertía en una mujer libre lo que le permitiría asistir como comadrona en más de una ocasión a la familia real en París cuando era reclamada.

El obispo había vivido siempre bajo el poder de su hermano mayor Jacques, por el que su padre había sentido una gran preferencia, mientras que, para él, desde un principio, había elegido la carrera eclesiástica, dejando la educación del pequeño Halarían en manos del obispado, de cuyos doctores aprendió las doctrinas de la iglesia cristiana.

En sus momentos de ocio solía estar con Estrella que contribuyó en su educación y le dedicaba tiempo para los juegos.

Halarían tenía una tez muy blanca, casi albino, delgado y muy espigado. Su forma de caminar evidenciaba una ligera cojera en el pie derecho, debido a una caída que sufrió de pequeño. Rubio, con ojos azules ligeramente separados y saltones, aparecía constantemente con cara de enfado como consecuencia de una úlcera estomacal que le hacía sufrir desde la adolescencia. Sus manos eran poderosamente grandes y con dedos muy alargados.

De pequeño le encantaba reírse de los demás y utilizaba cualquier excusa para imitar y menospreciar a sus súbditos, a los que en más de una ocasión llegó a agredir, con el único afán de verlos correr asustados.

Mientras Jacques creció fuerte y sano, el joven Halarían había vivido marcado por el odio hacia su hermano, que suponía un obstáculo en la relación con su padre, que apenas tuvo tiempo para él. La falta de afecto por parte de su padre quiso compensarla con el cariño de su madre. Ésta se desentendió de la educación de sus hijos gracias a la ayuda que suponía la comadrona. Se limitaba a verlos a las horas de la comida y rara vez compartía su tiempo con ellos. Más centrada en sus ratos de ocio con las damas que siempre la acompañaban, solía afirmar que detestaba a los niños porque solo sabían chillar y ello la perturbaba.

Mientras tanto, el primogénito disfrutaba en su formación para llegar a ser un gran soldado.

Jacques, ya de pequeño había acompañado a su padre en las batidas de caza, mientras Halarían se quedaba escuchando la biblia en la voz del monje enviado por el obispo.

En la adolescencia apareció la ulcera de estómago que junto a su extrema delgadez hizo de él un joven siempre malhumorado y resentido hacia el mundo que le rodeaba. El odio hacia su hermano fue aumentando. Jacques, por su parte siempre estaba pendiente de su hermano pequeño e intentaba ayudarlo en todo sin percatarse del odio de que era objeto. Esa sensibilidad que mostraba su hermano elevaba la ira de Halarían ya que creía entender que su hermano se burlaba de él.

En más de una ocasión reclamó a su padre que permitiera a Halarían ir con ellos de cacería, a lo que su padre se negaba rotundamente al considerarlo poco adecuado para un hombre de la iglesia frustrando sus intentos de hacer feliz por un día a su hermano.

Jacques era consciente de los deseos de su hermano, pero también de la obediencia hacia su padre.

Estrella lo conocía desde el nacimiento y, aunque había intentado corregir sus defectos, sabía que era un niño con mucha maldad y muy rencoroso.

Al morir Halarían el Grande, Jacques heredó la mayoría de las tierras del gran latifundio, mientras que Halarían recibió una dote muy inferior donada a su obispado a cambio del acuerdo con la iglesia de Roma para que Halarían se convirtiera en el nuevo obispo de Poitiers.

Sus abusos y sus malas artes hacia la población habían conseguido enfrentar en más de una ocasión a los dos hermanos, si bien Jacques siempre regresaba a él para confesarse y así limar las asperezas entre ellos.

La llamada de la Iglesia para iniciar una nueva guerra santa contra los infieles, había conseguido reunir a un importante grupo de nobles en Roma para la preparación de un nuevo asalto a Jerusalén. Jacques se alistó en la nueva cruzada dejando todo su poder político en manos de su hermano pequeño Halarían.

Pasaban los años y, aunque la cruzada no se iniciaba por falta de medios y fuerzas, Jacques seguía en Roma, ultimando preparativos.

Ello había favorecido a que la política de expansión económica que había posibilitado Halarían, dando cobijo a los comerciantes que cruzaban la ciudad y facilitándoles la venta en una de sus grandes plazas diera grandes dividendos a las arcas de la Iglesia.

La ciudad amurallada se había expandido enormemente, generando grandes ingresos económicos y con ellos el poder se acrecentaba cada día.

Su mano, terriblemente dura hacia el pillaje, había proporcionado a los mercaderes la tranquilidad necesaria para hacer negocios.

Halarían vivía un momento de suprema felicidad, sus concubinas le proporcionaban el placer que requería y su mano dura le llenaba de satisfacción sintiéndose poderoso ante las súplicas de los delincuentes o gentes que le llevaban la contraria a los que él castigaba con gran regocijo, incluso dándoles muerte.

Sentir la sangre caliente salpicándole la cara era una de sus mayores satisfacciones.

Tan solo la falta de una hija empañaba aquel momento, ya que desde niño deseó tener una hermana con la que poder hablar e imponer sus ideas al igual que Jacques hacía con él. Ese deseo se acrecentó con el regreso desde París de Estrella. El nacimiento de un varón en la casa del Rey y futuro heredero de la nación franca, podía dar paso a una estrategia para conseguir un pacto de matrimonio con el Rey Luis VI.

Todo estaba en saber mover los hilos adecuados, y aun siendo una hija de un obispo de la Iglesia, todo se reducía a una cuestión de poder económico y Poitiers estaba creciendo enormemente.

Pero todas sus cábalas quedaban en el aire. El posible regreso de su hermano suponía una nueva situación que pronto habría que afrontar.

Halarían había quedado impresionado por las palabras de Estrella.

Fugazmente una idea cruzó su cabeza: quizás podría librarse del Capitán de la guardia de la ciudad, único resquicio del poder de su hermano. Un buen plan podría reportarle grandes beneficios.

Una vez que la comadrona hubo desaparecido de su presencia, indicó a uno de sus guardias que se acercase.

—¡Haz venir a mi presencia al capitán de la guardia!

El soldado salió con celeridad, e instantes después se presentó acompañado por el capitán.

—¿Qué información puedes darme sobre los campesinos de Shirrey?

El capitán, con gesto reverente, besó el anillo y tras un momento de reflexión, respondió:

—En Shirrey viven varias familias de campesinos, como las de Bernard y Santiz. Este último hace poco tiempo tuvo un hijo. Parece gente trabajadora —continuó—. Uno de mis guardias me comentó que eran herejes cáta-
ros. Tras azotarlos, no encontramos motivos para pensar que siguieran otra religión que no sea la cristiana. Ciertamente es que se dice que Bernard domina el arte de la lectura y escritura. Algunos creen que es un hombre sabio.

—Ha llegado a mis oídos información de que el niño está considerado por ciertos siervos como un mesías, ¿sabes algo al respecto?

—Sobre este tema siento no poderle ayudarle, monseñor. Tan solo sé de su existencia; nada más.

Halarían ayudó a levantarse a Sigfreud, que seguía con la rodilla en tierra y poniéndole la mano sobre el hombro en señal de amistad lo llevó hacia un lado apartado de la sala y al oído le susurró.

—Poitiers se está convirtiendo en una ciudad importante. Llegan noticias de Roma de que se tiene todo listo para atacar al infiel. Los francos estamos llamados a gobernar todo el valle fértil del país y el paso de los grandes mercaderes por nuestras tierras nos está dejando enormes riquezas; sus donaciones, sus pagos nos están situando en una posición privilegiada, vamos a construir una maravilla, la nueva colegiata de Nôtre Dame, mucho más hermosa que la recién terminada en Angulema. Y todo, en nombre del Señor; además, el Rey ha prometido venir a visitarnos en breve y no quiero nada que interfiera en la tranquilidad de mis tierras. Si unos siervos hacen daño se les corta como a la mala hierba. Lo has entendido, ¿verdad?

—Pero, monseñor, allí con ellos, en aquellas chozas viven unas quince personas, algunos de ellos seguro que son buenos cristianos y mejores siervos.

—Lo sé, amigo Sigfreud, lo sé. Dios les hará partícipes de su mesa.

La cara del capitán palideció por momentos. Solía cruzar las tierras y azotar a todos aquellos que no cumplían con el diezmo del señor, pero pasar por la espada a hombres y mujeres indefensos era algo a lo que no se había enfrentado. Miró al obispo frente a frente y contestó.

—¡Así sea, Monseñor!

—Recuerda, no debe quedar nadie y menos el niño —asintió el obispo—.

Sigfreud dio media vuelta y se encaminó hacia la salida, pero justo antes de salir se volvió al oír la voz del obispo:

—Y nunca más olvides tenerme informado de los hechos y rumores que acontezcan en mis tierras, ¿te ha quedado claro?

—Sí, monseñor —respondió Sigfreud haciendo una ligera inclinación de cabeza.

—Ve ahora, y cumple lo ordenado.

Instantes después se oyó el bramar de cuatro caballos que espoleados por sus jinetes partían hacia el este liderados por Sigfreud.

El obispo, desde la balconada de su hogar en lo alto de la loma, vio como partían los caballeros a la misión que les había encomendado.

Se volvió de nuevo hacia el guardia de su estancia.

—Ve a avisar al caballero de la guardia episcopal Hugo di Sena. Traedlo a mi presencia inmediatamente, a él y a sus caballeros.

Momentos después entraron Hugo y sus siete compañeros de fortuna.

—¿Nos habéis llamado monseñor? —preguntó.

—Sí, acercaos —dijo mientras ponía la mano para que fueran besando uno a uno el anillo episcopal—. Os he hecho venir, porque llegan hasta mí noticias de que mi Capitán de guardia, Sigfreud y alguno de sus fieles se dedican a saquear mis tierras e incluso azotan a mis siervos. Además, acabo de saber que se dirigen a castigar una de mis tierras más ricas, la de Shirrey, y no quiero que eso ocurra. Son buenos siervos, trabajan bien y aunque están obligados a pagar, no por ello deben ser maltratados.

—¿Qué deseáis que hagamos?

—Id y, sin intervenir, comprobad que no les hacen daño y si mis siervos cumplen con sus obligaciones de pago. Después vendréis a informarme.

—Será un honor servirle, monseñor —asintió Hugo en nombre de todos.

—Ahora bien, si intervienen contra ellos, deberéis esperar el regreso de Sigfreud y sus acompañantes y preparad una emboscada en el camino para acabar con ellos y, si es preciso, en el mismo momento para salvar la vida de mis siervos.

—Podéis contar con nuestra espada —asintieron.

—Por cierto —siguió hablando el obispo— de ser verdad lo que me han informado, necesitaré un nuevo capitán y guardia personal.

—¡No os defraudaremos, monseñor! —respondieron.

—¡Id con Dios, hijos! —se despidió Halarían, haciendo la señal de la cruz a los soldados.

Salieron de la sala rápidamente en busca de sus caballos para partir hacia Shirrey.

La tarde dejaba en lo alto del cielo un color rojo ceniza, las nubes en claros jirones parecían acariciar el inicio de la noche, los profundos pasadizos de aquellos parajes entre los grandes pinos que cubrían la ribera del río Le Clain daban sensación de adentrarse entre las tinieblas. Allá en el fondo del bosque se encontraban las cuatro chozas donde vivían Santiz, Bernard y los otros siervos.

La luna aparecía en el alto cielo señalando el final de la jornada. Lentamente los campesinos iban llegando a la pequeña plaza donde se encontraban sus pobres viviendas.

Santiz y Bernard se adentraron en una de ellas e inmediatamente los gritos de alegría de un niño alborotó su llegada. Ambos hombres se agacharon para recibir en sus brazos las caricias y besos del pequeño.

Bernard lo elevó en el aire y le dio varias volteretas mientras las carcajadas resonaban en todo el poblado. La alegría que había traído el niño al grupo de viviendas, donde ya no quedaban otros niños, era, simplemente, indescriptible.

Los aromas de pescado asado abrían el apetito de los hombres que necesitaban recuperar fuerzas después de una larga jornada en el campo y al cuidado del ganado.

Infanthy ya tenía preparada la mesa: hogazas de avena y unas truchas asadas constituían la succulenta cena.

Aunque la caza abundaba por aquellos lares, no se podía servir carne ya que las creencias cátaras rechazaban comer alimentos procedentes de la generación de vida como la leche, los huevos o la carne. Los crudos y fríos inviernos convertían en el pan el único alimento con que subsistir. Por ello se hacía vital que las cosechas fueran lo suficientemente abundantes y que

les permitiera esconder grano suficiente de la vista de los caballeros del obispo para cruzar los duros inviernos.

Se sentaron a la mesa los hombres y el niño entre ellos, pues gustaba de colocarse en medio de los dos, mientras en unas escudillas servían en la mesa el pescado recién asado con las hogazas de avena.

Bernard se dispuso a agradecer al señor los alimentos, pero antes de que lo hiciera, Infanthya le interrumpió:

—Espera, hoy viene a cenar con nosotros Cathia acompañada de Aline para que después jueguen los niños juntos en el descampado.

—¡Bien! —gritó entusiasmado el niño.

Casi sin terminar de gritar de alegría el pequeño Julién, se oyó la voz de la niña que entraba corriendo a abrazarse a éste, y tras ella lo hacía su madre.

Cathia era una mujer a la que los campesinos consideraban enigmática. Sus conocimientos sobre todo los frutos de la naturaleza le habían dado esa imagen de hechicera pues preparaba con hierbas y hojas brebajes para aliviar los dolores provocados por distintas enfermedades. Era alta y delgada; su pelo rojizo le daba un aspecto siempre alegre y vivo, sus ropajes siempre limpios y cuidados eran difíciles de ver en las mujeres en una etapa donde la supervivencia era mucho más importante que el aspecto exterior. Sus ojos azulado y una sonrisa limpia y muy agradable hacían de ella una mujer extremadamente bella. Siempre mostraba amabilidad en sus palabras y rara vez se le oía levantar la voz a Aline o a cualquier otra persona.

Sus padres habían fallecido años atrás en una terrible sequía que había asolado la zona; la hambruna no les permitió cruzar con vida el duro invierno. Ella se había quedado sola, en la choza del bosque donde había buscado refugio huyendo de los deseos del obispo.

Un día cruzó por aquellas tierras una caravana de comerciantes, y uno de los vigilantes que la escoltaba la encontró en el bosque y rápidamente surgió el amor entre ellos. Él le dio el amor que ella tanto necesitaba y se convirtieron en la pareja más alegre de todo el catón. Era un hombre libre, mientras ella, que seguía siendo sierva de Jacques no tenía posibilidades de huir con vida. Aquella situación generó el deseo de escapar con él, ya que nada la ataba a la tierra, ni siquiera la obligación de servicio a la gleba que esta tenía. Pero los oídos del mal dejaron sin espacios a los jóvenes y el amor fue breve. Un atardecer, una flecha en el pecho acabó con la vida de su amado; Halarían, que la deseaba, había enviado un arquero para poner fin

a la vida del hombre. Pero fruto de aquel amor había nacido Aline, dándole sentido a su vida: por ella mantenía la esperanza de la felicidad.

La muerte de su amado había dotado al semblante de la joven mujer de una seriedad impropia de su edad; amargada y alejada del mundo se refugiaba en su pequeña choza, pero Aline le había devuelto la alegría. La necesidad de jugar junto a Julién al caer el sol la había llevado a relacionarse con la familia de Santiz, a la que ella dispensaba una gran consideración y en cuyo seno se sentía protegida, ya no tanto por ella, pues había renunciado a la vida tras la muerte de su amor, sino por su hija en cuya alegría se veía reflejada en cada instante.

Una vez que todos estuvieron sentados a la mesa, Bernard rezó una pequeña oración:

—Padre, te damos gracias por llenar nuestra mesa con la luz de tu presencia y por permitirnos llegar a este atardecer deseando sentirte junto a nosotros, amén.

Todos se dispusieron a aliviar el hambre acumulada en todo el día. Cogieron su hogaza de mijo y avena y un buen trozo de pescado e inmediatamente comenzaron a comer. Mientras Bernard comentaba.

—Hoy he visto pasar junto al olmedo a dos arrieros de Béruges. Ellos me han puesto al tanto de la presencia en Poitiers de Estrella, la comadrona.

—¿Ha vuelto de París? —preguntó Infanthya.

—Sí —respondió Bernard.

—¿Y eso en qué nos atañe? —preguntó intrigado Santiz, que veía como Bernard ponía gesto serio.

—Ella es la portadora del instante de su llegada —dijo señalando al niño— Siempre me pareció una mujer tremendamente honesta. Pero algo inquieta mis pensamientos, he visto al volver como se partía en dos el tronco del fresno seco de la ribera y sus ramas carcomidas aullaron en dolor al caer.

—¿Qué nos quieres decir? —insistió Santiz.

—Debemos estar en alerta ante la inquieta mirada del destino, nuestra meta en la vida viene de los designios del cielo, y a ellos debemos nuestra vida. Pero en nuestra protección está la esperanza de ellos —dijo mirando a los niños.

—Yo también he pasado el día muy inquieta —asintió Cathia, a la que consideraban parte de la familia.

—Después de cenar —comentó Bernard dirigiéndose a Cathia— te llevarás a los niños. Esta noche dormirán en tu choza.

—Tú, Infanthya —prosiguió—, deberías acompañarlos. Nosotros nos quedaremos aquí. Probablemente no ocurra nada, pero estaremos alerta, si algo ocurriera prenderé fuego a un fardo de paja impregnado en aceite. Será la señal para que podáis buscar mejor refugio si fuera necesario.

La cena prosiguió con claro nerviosismo y los niños con sus divertidas charlas amenizaron el momento. Bernard, apenas sin probar bocado, salió de la choza y se sentó en un pequeño alto, con la mirada fija más allá del monte, intentando detectar algún movimiento raro.

Tras cenar, las dos mujeres con los niños se encaminaron a través del espeso bosque por un angosto sendero que llevaba a la choza de Cathia, que estaba a unas yardas del poblado de los campesinos.

Santiz acompañó a las mujeres. Después volvió junto a su hermano y se sentó a su lado. Bernard le miró con rostro serio y con una mirada llena de tristeza.

—Tal vez el destino espere tras los pensamientos turbios del obispo Harían. Él es la puerta oscura de nuestra existencia, su poder maligno junto a la iglesia de Roma, encabezada por ese depredador Guido de Borgoña, al que llaman Calixto II. Vivimos —prosiguió— momentos de avaricia y poder. Han sabido lanzar sus huestes a una guerra santa que les reporta grandes latifundios, propiedades inmensas, controlan el bien y el mal, y abusan como los buitres de la esperanza de las personas.

—¿Crees que Estrella puede haberle contado algo del día en que nació Julién? —preguntó Santiz.

—No lo creo. No obstante, nuestra misión es asegurar el destino del que ha de ser el nuevo Puro de nuestra hermandad, él debe ser nuestra prioridad, tu sangre es portada por él, y nuestras vidas son el ocaso de un sol que dejará el brillo en Julién como herencia. Algo me dice que grandes males nos acechan. Nunca me sentí seguro en estas tierras, debemos irnos de aquí —continuó—. Reuniremos a los maestros y ellos decidirán qué habremos de hacer.

Santiz escuchaba sin pestañear a su hermano. Su sabiduría había vuelto a traer a ellos la esperanza de un nuevo ser que les guíe con sus palabras de amor. De niño fue capaz de juntar a todos los maestros de la estirpe y discutir largamente con ellos sobre las palabras del Mesías, dejando en un valle

de dudas los pensamientos de todos ellos, que veían en el niño un ser inmensamente avanzado a su tiempo. Santiz era el portador de la sangre de su abuelo como hijo primogénito, si bien Bernard era la luz en una nueva generación de protectores.

—Deberíamos acostarnos —comento Santiz.

—Ve tú —dijo Bernard—, yo me quedaré un rato aquí.

La noche fue apagando los pequeños claros que la luna había dibujado con su esplendor y los escasos habitantes habían desaparecido en sus chozas. La paz se respiraba en aquel silencio. Santiz hacía rato que había ido a tumbarse sobre la cama de almadraques y dormía tranquilo.

La calma parecía intensa en aquel lugar, rota solo por los ruidos de los animales que invadían con sus cantos de amor la noche. Mientras tanto, Bernard, entre aquel maremágnum de sonidos conocidos, rezaba pidiendo consejo a sus antepasados. De pronto sintió crujir una rama cerca de donde se encontraba. Había estado pendiente del largo valle sin creer posible la entrada. Entre la penumbra del bosque y de las oscuras fuerzas de su interior aparecieron flechas incendiarias, dirigidas directamente a los tejados de mimbre de las chozas. El cielo se iluminó en un instante mientras cuatro jinetes armados con espadas se abalanzaron contra los campesinos que salían asustados de su interior. Bernard gritó con todas sus fuerzas intentando prevenir a su hermano y al resto de los campesinos. A la carrera salieron de sus chozas para encontrarse con la muerte a manos de aquellos hombres sin disponer de la más mínima oportunidad de defenderse.

Santiz, al escuchar el grito, se precipitó al exterior. Un jinete lanzó un terrible golpe con su espada intentando acabar con su vida. Santiz, al verlo venir, se lanzó hacia su costado derecho consiguiendo evitar el primer golpe; rápidamente se incorporó y gritó a su hermano:

—¡Bernard, huye!

En ese momento fue alcanzado en su espalda por un segundo golpe de espada de otro jinete mientras intentaba tomar del suelo uno de los troncos que habían servido para hacer fuego durante la noche. La sangre salpicó todo el recinto mientras, intentando avanzar, tomó una rama ardiendo y sacando fuerzas de su interior se acercó al haz de paja con aceite para incendiarlo. El dolor en su espalda era intenso; se quedó tumbado en el suelo, intentó recuperarse; volvió a gritar con todas sus fuerzas:

—¡Bernard, huyeee!

Uno de los jinetes se volvió hacia él, que iluminado por las llamas que a escasos pasos ardían parecía un blanco fácil. El jinete elevó su espada para clavársela al trote. Santiz pudo esquivar el golpe girándose sobre sí. Miró a su alrededor y vio otro palo que podría servirle para defenderse, ya que las posibilidades de salir con vida mientras estuviera en el suelo disminuían rápidamente. Se incorporó notando la sangre salir a borbotones de su espalda, cogió el palo mientras el jinete girando el caballo volvía hacia él y tomó aire con fuerza para repeler el ataque ya que su situación en mitad de la plaza haría difícil la huida.

Por un instante pensó en su mujer y en su hijo, sintió miedo por ellos; fue consciente de que no lo vería crecer, que se perdería lo mejor de su vida: estar al lado de ellos.

Levantó con fuerza el palo y echó a correr hacia el jinete intentando tirarlo del caballo, pero la espada cortó de un solo tajo el arma blanda de Santiz y un nuevo golpe le seccionó parte del cuello.

Mientras el jinete pasaba de largo y comprobaba si Santiz estaba muerto, éste levantó la vista, vio a su hermano y con voz agónica exclamó:

—¡Huye, Bernard, huye!

Después cayó muerto sobre la hierba fresca, que enseguida quedó bañada por la sangre de Santiz.

Bernard había conseguido esquivar un primer golpe de Sigfreud y se preparaba para un nuevo ataque armado con un tronco que había conseguido romper mientras esperaba en la oscuridad de la noche. Sigfreud dio media vuelta y enseguida reconoció que se trataba de Bernard; no en vano, en más de una ocasión, le había azotado por no contribuir con el diezmo en el tiempo establecido. Levantó su espada y se fue hacia él mientras escuchaba gritar a Santiz que huyera. Este grito hizo que Bernard apretara los dientes y se dispusiera a defenderse del intruso con toda su rabia. Sigfreud desarmó a Bernard con un golpe de espada, mientras los gritos de los campesinos se convertían en aullidos de muerte. No quedaba nadie, todos parecían estar muertos, la masacre había sido total. Dos jinetes, que habían echado pie a tierra, y un tercero a caballo rodearon a Bernard que era el único superviviente.

—¿Habéis dado muerte a todos? —preguntó Sigfreud a sus hombres.

—Sí, capitán no queda nadie en pie, ha sido muy fácil acabar con esta manada de cerdos —asintió el jinete desde su caballo.

Los cuatro se acercaron hacia Bernard y Sigfreud volvió a preguntar:

—¿Habéis matado al niño?

—No había ninguno —contestó uno de ellos.

—Registrad todo e id tras ellos. Debemos darle muerte, son órdenes del obispo.

—¡Pero..., si no quedó nadie con vida! —respondió el jinete.

Sigfreud se dirigió a Bernard:

—¿Dónde habéis escondido al pequeño? Dímelo —prosiguió— o morirás ahora mismo.

—Tu poder —contestó Bernard— es efímero, nada podrá detener la fuerza de los cielos al caer la oscuridad sobre los humanos, él está llamado a ser la luz de una nueva creencia y tú, imbécil esclavo de un podrido tragón de la herejía de Roma, nunca podrás acceder al alma de nuestra fe.

Sigfreud, encendido, bajó de su caballo y, espada en mano, se fue hacia Bernard para acabar con su vida. Con un grito desgarrador levantó su brazo para descargar toda su fuerza.

—¡Vete al infierno demonio!

Bernard levantó el pequeño tronco que le quedaba en la mano para intentar repeler el golpe y cuando el brazo del capitán comenzó a descender, el silbido de una flecha cruzó la noche para clavarse en el cuello de Sigfreud; sus ojos se quedaron petrificados por el inmenso dolor y un sonido agónico apagó la luz de su vida cayendo al suelo mientras su espada caía a los pies de Bernard.

Los acompañantes, aturdidos, intentaron ver por dónde habían llegado las flechas, pero una carga de caballos encabezados por Hugo di Sena se abalanzó sobre ellos, dando muerte a los dos de a pie, mientras el cuarto jinete intentaba huir.

Bernard tomó del suelo la espada y se adentró en el bosque intentado desaparecer del terrible campo de batalla en que se había convertido su pequeño poblado.

Volvió la vista atrás y vio a Santiz muerto junto al haz de paja que ardía con fuerza dibujando en el cielo oscuro una llama más viva y un humo más denso que el de las cabañas.

—Ojalá las mujeres hayan visto las llamas —pensó, mientras intentaba salir de aquel lugar.

Muertos Sigfreud y dos de sus acompañantes, los jinetes se lanzaron en busca del cuarto hombre que había conseguido huir entre los matorrales. Había que darle caza para satisfacer plenamente los deseos del obispo: habían matado a sus siervos y habría que darles muerte a todos; de ello dependía su posible ascenso a capitán de la guardia del obispo Halarían.

Como flechas se adentraron tras el soldado huido en el bosque.

Bernard esperó escondido unos instantes mientras veía como desaparecían los soldados. Después se perdió por los escondidos senderos del bosque en dirección hacia donde se encontraban sus amigas y los dos niños.

La espesura dejaba en tinieblas el camino y las sensaciones de tristeza se golpeaban en el corazón de Bernard. Su mente estaba aturdida. ¿Por qué había realizado tal matanza Sigfreud si no era de los hombres que disfrutara sintiendo la sangre? ¿Y quiénes eran los jinetes que le habían salvado la vida?

¿Qué había ocurrido?, era la gran pregunta que rondaba por la mente perdida junto a su hermano abatido. Sus miedos se habían convertido en realidad, pero la forma en que se habían desarrollado los hechos era algo que le inquietaba profundamente. No obstante, debería llegar a buscar al niño y a Infanthya y después intentar contactar con algún miembro de la hermandad para intentar salir de Aquitania, pues allí ya no estaban seguros.

Se fue adentrando en el bosque. El humo negro y vivo de la paja quemada y de las chozas todavía en llamas llenaba de aromas de dolor todo el recorrido. El crujir de las ramas ardiendo y el chisporroteo del fuego sacudían la mente del hombre.

Poco a poco con el sigilo provocado por el miedo se fue acercando hacia la choza donde habitaba Cathia. Siempre se había sentido cómodo a su lado, la suerte, con nombres propios Aline y Julién, había hecho que sus destinos se cruzaran. Sin embargo, en el corazón de Cathia seguía palpitando el amor hacia el padre de su hija mientras que él había nacido para proteger al heredero, a Santiz y a sus descendientes. Y tras la muerte de este, la obligación prioritaria era salvar al niño y a los demás. Por Santiz ya nada se podía hacer, pero su misión seguía adelante. La luz del hombre que habría de guiar a los cátaros seguía encendida en la mirada del pequeño Julién.

Muchas veces dudó de la esencia de su misión. ¿Cómo era posible esperar a alguien que no se sabía si habría de llegar?, se había preguntado en los momentos de mayor confusión interna. La renuncia de su vida por un dogma de fe tan difuso había desarbolado su laberinto de ideas. Ya cuando fue preparado por su abuelo en las ciencias para educar a las generaciones

futuras había mostrado cierta sensación de incredulidad, pero ahora ante la desgracia de su hermano veía claro que su misión era salvar al niño y prepararlo por si los dioses decidían darle la antorcha con cuya luz el mundo volvería a brillar.

Un ruido alertó a Bernard. Envuelto en ramas se volvió hacia el lugar de donde provenía y oyó un susurro:

—Bernard, ven, soy Infanthya, os estaba buscando.

—Deberías estar con los niños —interrumpió bruscamente el hombre.

—Hemos visto los fuegos y nos hemos escondido en la cueva de las pinturas, allí están los tres esperando a que lleguemos y decidíais qué hacer.

Bernard se acercó a la joven y tomándole las manos le explicó:

—Santiz ha muerto —dijo con lágrimas en los ojos—. Debemos abandonar esta tierra maldita, hay que proteger a los niños.

La mujer cayó desolada, sus lágrimas brotaban con el dolor por la pérdida del hombre al que tanto amaba. Bernard la ayudó a levantarse para continuar e intentó hacerla entender que ahora no había tiempo para la tristeza y las lágrimas. Había que ir junto a los demás.

Cruzaron a través de unos matorrales y agachándose penetraron en la cueva donde estaban abrazados los dos pequeños a Cathia. La mujer, con la simple mirada, comprendió todo lo ocurrido y soltando a los niños se abrazó a su amiga.

Pasaron los minutos sumidas en un profundo llanto mientras Bernard pensaba en la forma de huir de aquellas tierras. Cuando, por fin los miedos dieron una tregua se dirigió a las dos mujeres:

—Dejaremos esta misma noche estas tierras. Iré a enterrar a nuestros hermanos y antes de que el sol asome debemos abandonar este valle. Cruzaremos los montes del sur para adentrarnos en el reino de Navarra. Una vez allí ya decidiremos hacia dónde ir para encontrar un lugar donde vivir. En Tolosa tenemos a mi hermana y a uno de los hermanos que nos ayudaran a decidir qué hacer. No obstante, iremos viendo como el camino dirige nuestros pasos.

—No será fácil eludir la vigilancia de Halarían. Sus guardianes controlan todo el valle, ningún siervo ha sido capaz de escapar a su destino —comentó Cathia mientras mantenía a Infanthya en sus brazos.

—Lo sé, y me preocupa profundamente; pero no podemos quedarnos aquí.

—Iré a las chozas a dar sepultura a los nuestros. Estad preparadas —dirigiéndose a Infanthya— porque en cuanto vuelva partiremos de camino hacia el sur.

Mientras Bernard se daba la vuelta Cathia comentó:

—Yo también iré con vosotros; aquí nada me ata.

—¿Sabes el riesgo que conlleva para ti y para tu hija?

—Sí, lo sé, pero no quiero quedarme aquí.

Con gesto serio Bernard resopló por el problema que ello supondría, aunque finalmente lo aprobó con un gesto de cabeza. Después, dirigiéndose hacia la entrada de la cueva desapareció.

Apenas había caminado unos metros en la oscuridad cuando oyó:

—¡Espera!

Al volverse vio a Infanthya a su lado.

—¿A dónde vas, mujer, deberías estar al lado de Julién?

—Quiero ver por última vez a Santiz, ser yo misma quien le dé sepultura y rezar por él en agradecimiento por todo lo que me dio.

Bernard le ofreció su mano para continuar el camino a través de la espesura del bosque. Minutos más tarde estaban en las chozas que aun ardían, los muertos, unas quince personas, estaban esparcidos por todos los lados. Mientras Infanthya se abrazaba con profundo dolor a Santiz, Bernard fue llevando los muertos hacia un huerto junto a uno de las chozas.

—Allí el terreno estará más blando —pensó— y me llevará menos tiempo darles descanso.

Las horas fluyeron con el sinsentido de no poder aceptar todo lo que había ocurrido. Uno a uno, fueron dando sepultura a los muertos. La mañana se hizo gris, las nubes encapotaron el cielo y la lluvia fue cayendo mansamente sobre las tierras.

Mientras Infanthya lloraba sobre la tumba de su amado, Bernard preparaba un viejo carro de paja que había quedado a salvo de las llamas. Enganchó los aperos y a él una vieja mula, sin dejar de observar, fatigado, en la distancia, los posibles movimientos de otros soldados del obispo.

Infanthya se levantó y se dirigió a su amigo:

—¡Nos vamos!

El viento había soplado con fuerza todo el día, las nubes llegaban desde el cantábrico con una inusual oscuridad, cubriendo con su manto negro todo el horizonte, las lluvias caían con fuerza aquel final de verano. Las cosechas del huerto, tomates, frejoles y parras, aun esperaban rayos fuertes del sol para continuar sus poderosos brotes e inundar de frutos la tierra alavesa.

Eneka preparaba al fuego una sopa de verdura, hecha de azufaifos secos y setas. El fuego crepitaba dentro de la pequeña choza que daba cobijo a ella y a su hija Maritxell.

Ésta, sentada ya a la mesa esperaba con ganas su comida. Acompañaba siempre a su madre; allá donde ella fuera estaba la jovencita. Su padre hacía años que había desaparecido, al poco tiempo de que todos en el pequeño poblado de Agurain comprobaran que la niña no era como los demás niños.

De tonalidad débil en los músculos, cara siempre gordita, nariz respingona, ojos rasgados, de orejas y boca pequeña y en su infancia, siempre fue objeto de burlas de los demás a pesar de transmitir siempre una alegría inusual. Se mofaban incluso de su forma de hablar y todo ello hizo que cada vez se hiciera más tímida.

Tras la marcha de Aguirre, el padre, Eneka se había refugiado en una pequeña choza cerca del arroyo del Norte. Las aguas en verano eran escasas, si bien durante el resto de las estaciones proporcionaban pescado a la joven madre y con sus aguas regaba el huerto que, poco a poco, había conseguido crear. Las tierras fértiles daban cobijo y comida a lo largo del año a madre e hija.

Eneka sentía tristeza por cómo era tratada su hija por el resto de los ciudadanos cada vez que se acercaba a vender sus productos al pueblo. Siempre se culpó a sí misma de la desgracia de su pequeña. Su padre nada más verla se lo recriminó. “Endemoniada”, dijo la partera que la había asistido, su largo

pelo al nacer y sus ojos negros la habían asustado y rápidamente los comentarios de esa niña distinta se extendieron por todo el condado. El peor momento llegó cuando la niña comenzó a intentar jugar y relacionarse con otros niños en los días de mercado o en las noches de luna cuando los aldeanos se sentaban fuera de sus cabañas y los pequeños jugaban a su alrededor. Su defecto principal y casi único era que al hablar le costaba mantener una conversación entera sin titubear y cambiaba en la pronunciación la S por la Z.

Hoy, ya una mujer de unos veintidós años, alegre y vivaracha, su comportamiento era distinto al de las demás chicas de su edad. Más bien se asemejaba al de una niña adolescente.

Agurain era una pequeña población perteneciente al reino de Navarra, vía de trashumancia ganadera que había prosperado gracias a ser un cruce de caminos, por el cual cada año pasaban los pastores con sus ganados dejando siempre una estela de beneficios en el pequeño poblado. La economía se sustentaba en la riqueza de sus tierras, sus montes con amplios terrenos de ganado salvaje y a ese cruce de caminos que ya desde la época romana había sido considerada como la calzada Iter XXXIV Asturiaca Burdigalam y que atraía hacia sus pastos todos los años gran cantidad de ganado ovino. Unos cien vecinos subsistían gracias a estas actividades que cada vez dejaban mayores beneficios.

La cena estaba servida. Madre e hija se sentaron sobre un taburete alargado, único mueble junto a la mesa de la estancia, al fondo de ella se encontraba la pequeña chimenea que servía de cocina y a la izquierda un camastro de paja seca, que era donde ambas dormían cada noche.

Eneka era una mujer de unos 45 años, de tez morena. Sus ojos saltones dejaban al descubierto la tristeza que siempre anidaba en su corazón. Su sonrisa ya no era limpia pues le faltaban varios dientes y su pelo negro siempre suelto le llegaba hasta la espalda.

—Mañana —dijo Eneka— cuando el día abra nos iremos al pueblo a cambiar las zanahorias que recogimos ayer y que tan limpias has dejado esta tarde. Serán las mejores de todo el condado y las cambiaremos por harina rápidamente.

—*Zerá maravillozo* —contestó Maritxell.

—Además nos encontraremos con Muxica, tu amiguita de la infancia, tu única amiguita —añadió con gesto de resignación—. Me comentó un pastor que antes de que llegara el invierno había sido madre; así pues, podremos conocer a su niño.

—¿Zabez? —contestó emocionada Maritxell—, mañana me peinaré para *eztar* guapa y poder *guztar* al niño. A lo mejor me lo deja coger —dijo mirando a su madre con cara de preocupación.

—Seguro que sí, cielo, ella es tu amiga y te dejara cogerlo.

—No me lo puedo creer, *zeré* por un *inztante* mamá, ¿y podré darle la teta como tú me la *dabaz* cuando yo era niña?

—Bueno —sonriendo Eneka— eso no sé si podrá ser, porque tú no tienes leche que darle al niño. Se quedaría con más hambre.

Madre e hija se echaron a reír.

—Eh, *puez zi ez* verdad.

—Ahora acábate la cena y deja algo porque mañana saldremos temprano y comeremos lo que haya sobrado. Además, debes descansar. Luego por la tarde de regreso, pasaremos a ver a Elías el guarnicionero que me tiene que dar algo que me pertenece.

—Anda, y ¿zé yo lo que te debe dar?

—Mañana cuando lo veas te acordaras, porque ya te lo conté hace un tiempo. Solo quiero recuperar lo que es mío.

Terminada la cena, mientras su madre se sentaba sobre una tajuela delante de la choza, Maritxell jugaba observando las luciérnagas que iluminaban la noche, que, en ese instante, permanecía en calma tras las fuertes lluvias del día.

Para Eneka, lo difícil no estaba en vivir con una hija así; lo que realmente le preocupaba, era la dificultad que tendría para sobrevivir el día que ella faltara. Siempre que la veía tan alegre, correteando cerca del huerto le asaltaban infinidad de incertidumbres. “Morirá atropellada por este mundo de avaricia”, pensaba.

Cuando su padre se fue, perdida la esperanza de su retorno, llegó incluso a pensar en el suicidio. El hambre y la desprotección a las que tuvo que hacer frente la habían condenado a ser una mujer solitaria.

A veces aparecía algún aldeano y, a cambio de comida o algunos maravedíes, se dejaba llevar a su camastro, mientras Maritxell iba a buscar agua y llenaba la vieja tinaja que utilizaban en el exterior para lavarse y regar el huerto. Estos pequeños ingresos ayudaban en las épocas difíciles de sequía o en los largos y crudos inviernos. Pero nunca dieron lo suficiente como para asegurar los cuidados de su hija cuando ella faltara; incluso, encontrar alguien de confianza para que lo hiciera ya sería tarea difícil.

Perdida en sus pensamientos, Maritxell se acercó, se sentó a su lado y apoyándose en su hombro se fue quedando dormida lentamente, mientras a Eneka mirando el cielo se le inundaban las mejillas de lágrimas.

El día había amanecido gris. El cielo se mantenía encapotado, cuando las dos mujeres comenzaban su camino hacia Agurain. El viejo burro llevaba en sus alforjas todo lo recolectado el día anterior en el huerto. El camino era suave y no ofrecía dificultades para caminarlo, a pesar de tener que atravesar el bosque, donde los grandes pinos hacían sentir escalofríos; había momentos en los que el sol apenas se atrevía a cruzar la espesa arboleda.

La alegría acompañaba a Eneka y Maritxell, el día abriría en breve ese manto gris y la venta en el mercado ayudaría a seguir creyendo en la posibilidad de vivir solas y tranquilas en el lado silencioso del pueblo.

—¿*Zabez*? —dijo Maritxell, ofreciendo su sonrisa más amplia—. No *ez* que yo crea en *loz reyez*, pero ¿por qué *ze* pelean *zi* luego *ze* juntan contra *loz mozárabez*? Podían *juntarze todoz* y de vez en cuando *repartirze laz tierraz*, total *nozotroz zomoz parte inzeperable* de ella, *azí eztarían contentoz* y *nozotroz* también, porque *zi* uno no *noz guzta* en la *ziguiete* repartición lo cambiarían.

—¿Quién te ha contado todo eso? —preguntó su madre extrañada.

—Eran *converzacionez* que *teníamoz Muzica* y yo de *pequeñaz*, ella *zabe* mucho de *reyez*, me contó que la Urraca de *Caztilla* lo había *zido*, no rey, *zino* reina.

—¡Pero bueno! —respondió la madre muy extrañada—, si nunca me habías hablado de ello.

—*Ziempre eztaz* liada con el huerto y *laz gallinaz* y no te *enteraz* de *naa* —dijo con un gesto de extrañeza—. Pues *zi*, ya era *zabido* que la Urraca fue apedreada en *Zantiago de Compoztelaz*, y me dijo *Muzica* que un comerciante gallego le conto que de una de *laz pedradaz* le rompieron *muelaz* y *dientez*. Por *ezo ez* muy fea... o *máz* —sentenció.

—Caramba, cuántas cosas sabes de una reina que no nos toca nada, ya sabes que nosotros pertenecemos a los reyes de Navarra. Bueno, eso creo.

Ambas se echaron a reír.

—¿Te gustaría ser reina alguna vez? —preguntó Eneka.

—No, yo quiero *zer ziempre* tu hija —dijo abrazándose a su madre.

El trayecto no era excesivamente largo. Una hora de camino las llevaría hasta el pueblo. El sol ya había disipado las oscuras nubes y a lo lejos se divisaban ya las primeras chozas del pueblo.

—¡Fíjate, ya *ze* ve el pueblo, *recorcholiz* que grande *ez*! —dijo sonriendo—. ¡Qué *ganaz* tengo de ver al niño o a la niña de *Muzica*! No *zabemos* cómo se llama, ¿verdad? ¿Y *zi ze* llamara Eneka como tú?

—¿Y si le ha puesto de nombre Maritxell, como tú?

—¿Tú *creez*? —dijo abriendo los ojos, incrédula.

—No, hija —respondió rápidamente Eneka—, se suele poner el nombre de un abuelo o abuela y, que yo recuerde, no se llamaban así.

—*Carloz* y *Herminia* —respondió veloz la chica—, *ezoz* eran *zuz* *nombrez*.

—Me sorprende la forma que tienes de recordarlo todo, hija, eres increíble.

Maritxell inclinó su cabeza ligeramente hacia un lado y sonrió feliz.

Después salió corriendo hacia el pueblo para poder tocar todo lo que iba encontrando a su paso, y saludando a todos los vecinos que iba dejando atrás. La gente se volvía hacia ella, reconociéndola, y saludando a regañadientes. Una mujer que pasaba hizo un comentario despectivo:

—¡Ha vuelto la endemoniada!

Una vez en la plaza del mercado, Eneka, sin descargar la mercancía, a la que ya comenzaban a acercarse los compradores que habían venido desde Vitoria, se acercó a Maritxell:

—Ven, hija, vamos a ver primero dónde vive *Muxica*. Luego tendrás que venir conmigo a ayudarme a vender la mercancía.

—Hace mucho que no *noz vemos* —exclamó Maritxell—, *zerá* maravillozo verla.

Eneka, agarró a su hija y las riendas del burro y, después de preguntar, se encaminó hacia una choza en el extremo norte del pueblo. Pocos minutos después estaban delante de la puerta.

—¿Vive aquí *Muxica*? —preguntó Eneka alzando la voz.

—Ahora voy —se oyó desde dentro—. ¿Quién eres?

Era la voz de su amiga. Maritxell inmediatamente se puso nerviosa y exclamó:

—¡*Ez* ella, mamá, *ez* ella!

Los nervios atenazaban a la joven, mientras Eneka la miraba preocupada por la reacción que pudiera tener *Muxica* hacia ella y que le pudiera hacer daño.

Siempre había temido las reacciones de las personas al verla; era algo inevitable. Quedaba esperando el comportamiento de los demás y deseando que no fuera negativo para su hija, porque cuando esto ocurría siempre la arrastraba durante unos días a la tristeza.

Un instante después, tras la cortina apareció una joven que preguntó:

—¿Qué desean?

Las miradas de Muxica y Maritxell se encontraron, abriendo ambas los ojos de incredulidad, y, extendiendo los brazos, se abrazaron intensamente. Los segundos volaron mientras las tres mujeres lloraban de alegría, abrazándose con emoción.

—¡Eres tú, mi dulce Maritxell! Creía que nunca más volvería a ver tu rostro alegre, esa sonrisa de niña traviesa —dijo mientras la besaba en la mejilla.

—¡Ya *vez*, *ziempre* el cielo te *zorprende* gratamente! —exclamó Maritxell totalmente nerviosa por la emoción.

Muxica y Eneka se miraron extrañadas por la expresión y cambiaron las lágrimas por risas.

—Es verdad, el cielo siempre nos sorprende para bien y este encuentro es prueba de ello —comentó Eneka.

—Hace tanto que no te veo —dijo Muxica sonriendo feliz.

—¡*Ez* que Eneka *ez* muy tozuda y no me deja venir!

Eneka y Muxica, sonriendo, se miraron, entendiendo los motivos que impedían que Maritxell viniera con más asiduidad al pueblo.

De repente se oyó un sollozo desde dentro de la choza, el llanto de un bebe se hizo notar, las risas cesaron, las dos jóvenes dejaron de abrazarse y miraron hacia dentro. Maritxell quedó expectante mientras Muxica la miraba.

—¿Sabes?

—Lo *zé*, *erez* una mamá, me lo dijo Eneka. —mostrando su sonrisa más emotiva.

—Sí, lo soy.

—Lo que no sabemos —comentó Eneka— es si se trata de un niño o una niña.

—Pasad y lo veréis.

Maritxell se llevó las manos a la cara, emocionada, mientras entraban, En la choza había una mesa rectangular, dos pequeños bancos y un gran camastro donde estaba tumbado el bebé. En una esquina, una pequeña chimenea mantenía aun los rescoldos del fuego nocturno.

Levantando a la criatura entre los brazos, tapada por una pequeña manta de tela les descubrió la carita.

—¡Oh! —exclamó Maritxell— *Ez lindízimo, ez muy guapo.*

—Es lindísima, es una niña —corrigió Muxica —mientras descubría su cuerpo para que pudieran verla.

—¿Puedo tenerla en *brazoz*? —pidió Maritxell.

—¡Ten cuidado! —exclamó nerviosa su madre.

—Seguro que Maritxell sabe cuidarla, no te preocupes —respondió Muxica.

Maritxell tomo a la niña en brazos y se sentó, para poder apreciarla mejor, ensimismada ante la belleza de la criatura.

—¿Que nombre le *habéiz puezto*? —preguntó.

—No te lo vas a creer, pero se llama como mi querida amiga.

—¿Cuál? —preguntó intrigada Eneka.

Muxica guardó por un instante silencio y sonriendo exclamo con alegría:

—¡Maritxell!

Eneka, sorprendida, se llevó las manos a la cara, estremeciéndose por lo que acababa de oír, mientras Maritxell parecía no haberse enterado. De repente se giró y con los ojos llenos de lágrimas exclamó:

—¡*Maritzell!*

—Sí, como tú, mi única amiga de la infancia. Mi hombre quería a toda costa un varón, pero yo no he podido dárselo aún, y como no quería una niña me dejo elegir el nombre a mí. Yo pensé en el tuyo, porque quiero para ella la misma alegría que siempre has tenido y esa ilusión por la vida que desprendes.

Eneka intentó contener las lágrimas mientras las de Maritxell caían sobre la niña.

Los minutos pasaron, mientras la pequeña iba de mano en mano haciendo sonreír a las tres mujeres que ensimismadas disfrutaban de la ternura de tener una niña tan hermosa en brazos. Todo fueron carantoñas y palabras alegres con las que intentar arrancar una mueca a la pequeña, que en un

momento determinado les sonrió, mirándolas extrañada cuando los gritos de alegría inundaron la pequeña choza.

—¡Es maravillosa! Pero ahora nos tenemos que ir —pidió Eneka con un profundo nudo en la garganta—. Todavía tenemos que vender en el mercado las hortalizas.

—Si quieres, Maritxell se puede quedar conmigo hasta que termines la venta —dijo Muxica mientras acompañaba a Eneka hacia fuera.

—Vale, luego vendré a buscarla. Gracias por hacer tan feliz a Maritxell, rara vez recibe alegrías por parte de otras personas y hoy seguramente ha recibido una de las más hermosas de su vida.

—Es muy especial —respondió Muxica—, se lo merece. Sabía que le haría ilusión si algún día se enteraba.

—Hoy somos felices las dos; gracias Muxica —moviendo suavemente la camisa que subía por encima del cuello de la joven—. Te pega, ¿verdad? —preguntó convencida.

—Sí —respondió agachando la cabeza— tiene mal genio, pero a veces nos trae comida y se preocupa de nosotras.

—¿A la niña también? He visto marcas en sus muslitos.

Muxica la miró con tristeza mientras intentaba esconder su mirada.

Eneka, tomando un puñado de las distintas hortalizas que llevaba en las alforjas se las dio a la joven.

—Toma, prepárate unas sopas que te ayuden a recobrar fuerzas, que cuando se da de mamar toda comida es poca —dijo haciéndole un guiño a la joven.

—¿Quién es el padre? —preguntó intrigada Eneka mientras le entregaba las hortalizas.

—Iñanzi, el hijo de Elías, el guarnicionero —contestó la joven.

—Ese joven siempre tuvo mal carácter —dijo Eneka con un gesto de desaprobación.

—Gracias, Eneka —contestó Muxica mientras cogía lo que le ofrecía.

—Gracias a ti, por ser tan buena.

Ambas mujeres se despidieron; una se encaminó con su burro hacia la plaza del mercado; la otra entraba en la choza a ver a su hija y a su amiga. Ambas seguían inmóviles mirándose llenas de tranquilidad y felicidad.

La noche había caído lentamente sobre las aguas del Tormes. El viejo puente romano mantenía la belleza casi intacta de los tiempos gloriosos. Se encontraba fuertemente vigilado, para que nadie pudiera cruzarlo, al tratarse del único acceso a la ciudad. Se había convertido en un punto estratégico por el que podrían pasar en la noche oscura las huestes mozárabes.

La llegada a la ciudad del ex combatiente del Cid, Ieronimus, había conseguido empujar a los moros detrás de las aguas sureñas del Tormes. Su retroceso cada vez era más evidente, poco a poco el reino leonés iba haciendo retroceder a su enemigo.

La toma de Toledo en mayo de 1085 impulsó la expansión cristiana en la Extremadura del Duero.

Tras la conquista, Ieronimus y Raimundo de Borgoña, llevaron a cabo un plan de repoblación de la ciudad amurallada y promovieron a lo largo de la orilla norte del Tormes dos asentamientos más para controlar desde sus posiciones cualquier posible movimiento enemigo al otro lado del río. Estas dos comunidades eran Iuxbado y Ledesma.

Ieronimus cuyo verdadero nombre era Jerónimo de Perigueux, había fallecido apenas dos años atrás. Fue el obispo de la restaurada diócesis en 1102, en los días de la repoblación cristiana junto a su amigo Raimundo de Borgoña y la reina Doña Urraca; ambos concibieron un plan para repoblar la zona de Salamanca con gentes de Occitania y otras zonas de la península; a su llamada acudían buscando la libertad que en sus zonas de origen no tenían y que Raimundo y Ieronimus les proporcionaban; así acudieron, además de francos y occitanos, gentes de los pueblos bregancianos, castellanos, portugalenses, serranos, vascones y toreses.

Todos estos grupos compartieron zonas comunes de la ciudad amurallada.

La ciudad comenzaba a emerger de los años en oscuridad; el nuevo orden se había implantado y los primeros síntomas de prosperidad comenzaban a hacerse notar. Ávila y Segovia ya habían sido conquistadas por las fuerzas cristianas.

La poderosa iglesia abría la fuente de ingresos en la vieja capital charra alzando junto a la puerta sur de la muralla un nuevo templo.

La gran mayoría de los campesinos instalados trabajaban durante las horas del día las tierras de sus amos y en los momentos de descanso se dedicaban a trabajar en las dos nuevas iglesias, que darían cobijo cristiano a los distintos grupos de habitantes de la ciudad. El resto se dividía entre guardia, soldados y clérigos. Aproximadamente unas 350 personas habitaban dentro de la muralla que poco a poco iba adquiriendo forma ovoide y dejando como lugar central la Plaza de San Martín o Plaza del Mercado, que, junto con la plaza del Azogue Viejo, eran los puntos vitales de la creciente ciudad.

En la muralla, en forma de herradura, se encontraban los accesos por el norte de la Puerta del Sol. Por la zona Este, otra gran puerta daba acceso al obispado: la denominada Puerta de San Sebastián con una puerta más pequeña, la de San Cebrián, cerca del arroyo. En el lado sur, de cara al Tormes se encontraba la Puerta del Río, donde se estaba instalado el cuerpo de guardia que custodiaba la ciudad, en la denominada Plaza de los Soldados. Dando acceso directamente al puente romano se encontraba la Puerta del Postigo Ciego, una pequeña puerta de paso de hombre y, un poco más adelante, la Puerta del Alcázar que daba salida hacia el Oeste, ya que en ese paño de muralla no había puerta de acceso alguna.

La huella de los dos grandes impulsores comenzaba a desaparecer y dejaba paso a nuevos personajes que controlaban la ciudad y su economía. El feudalismo no se había llegado a implantar a niveles de los pueblos francos o centroeuropeos, si bien, los agricultores y ganaderos, sin llegar a ser esclavos de los señores, dependían de su protección, por la que pagaban un alto precio.

El obispo Don Giraldo se había hecho cargo de la diócesis tras la muerte de Ieronimus. Su principal preocupación había sido la recuperación de la vieja muralla, en proceso de claro deterioro en la época oscura que la ciudad había pasado.

Salamanca estaba flanqueada por dos arroyos: el de los Milagros frente a la muralla del Oeste y el de santo Domingo en la muralla del Este; ambos daban cobijo a la ciudad que servía a la vez de protección contra las fuerzas de mozárabes que aun rondaban la zona norte de Cáceres, y aunque cada

vez más controladas, sus escarceos hacían temblar los todavía endeblecimientos de la ciudad.

El Conde de Vela se mantuvo en su puesto de teniente de la ciudad salmantina, y por lo tanto era el responsable de la Tenencia Feudal, designado por la Reina Urraca. La tenencia no otorgaba propiedades o derecho a ellas, si bien, él era el encargado de administrar justicia y recaudar los impuestos reales y militares, de los cuales daba la mitad al Rey o a la Reina, quedándose él mismo con la otra mitad.

Don Munio hizo llamar a través de su ama de llaves a Don Sancho Belasco, que se presentó instantes después.

Don Sancho Belasco, había padecido el Fuego de San Antón, del que aparentemente se había curado. Entre las muchas órdenes eclesiásticas que surgían en aquel instante, se encontraba la de los Hermanos Hospitalarios de San Antonio; vestían hábito negro con la tav, última letra del alfabeto hebreo, de color azul en el pecho. Se trataba de una orden laica que pretendía ayudar a los enfermos.

En la Salamanca multicultural de aquel instante la orden había llegado de la mano de los pobladores francos que ya la conocían del reino de Arlés donde la congregación había sido fundada un cuarto de siglo atrás por Gastón de Valloire.

Don Sancho había impulsado la orden, si bien, en sus inicios contaban con un número muy escaso de miembros. Era un hombre corpulento de una estatura poderosa, fuerte, ancho de hombros y su cabellera rubia mostraba su herencia lejana a las tierras de Castilla. Su rostro era amable, limpio de barba y sus ojos azules atraían la visión de todo aquel que se le acercaba.

—Pasad mi buen amigo don Sancho. Conozco vuestro respeto por la justicia y necesito hombres a mi lado en los que poder confiar.

—Podéis contar, mi señor, conmigo y mi gente; no somos muchos, pero sí fieles a las causas nobles.

—Han llegado a mis oídos vuestras hazañas de gran guerrero y vuestro deseo de formar esa orden nueva, con la Cruz de San Antonio, en Salamanca.

—Así es, mi señor, necesitamos proteger y ayudar a todos los buenos cristianos que se acercan a repoblar estas tierras; a ellos les ayudará nuestra presencia humanitaria y a nosotros nos proporcionará fama y poder —añadió sonriendo.